



---

# VARIACION SOBRE EL LIBRO

Discurso inaugural de la Feria del Libro de Ocasión, Barcelona, 1964.

GIORGO SEFERIS  
(Premio Nobel de Literatura)

He aceptado la muy cortés invitación de venir a Barcelona que ustedes me han hecho, por dos razones, según creo:

La primera es la de que las vicisitudes de mi vida hasta ahora me habían impedido conocer de cerca el país de ustedes, como estaba deseando desde hace muchos años. En efecto, aunque no esté familiarizado con vuestra lengua y que no haya nunca sido capaz de leer una poesía española sin ayudarme con una traducción, creo que puedo decir que he recibido el impacto del genio de España, como Federico GARCÍA LORCA gustaba repetir. Al tratar de ahondar en mis recuerdos más viejos, me parece que el origen de este sentimiento se halla en mi adhesión al gran pintor de Toledo, el cretense Domenicos THEOTOCOPOLOS. Me he formulado reiteradamente la pregunta del por qué este hombre que en su juventud abandona su isla para ir a ejercer su arte en Italia, encuentra a la postre en España las condiciones propicias para sus creaciones más grandes y pasa el resto de su vida en Toledo. Este problema ha hecho brotar la atracción que España ejerce sobre mí. Me ha hecho pensar en similitudes, analogías, entre vuestro país y el mío; ha creado en mí un sentimiento de familiaridad con lo que es vuestro.

Un breve pensamiento de SAN JUAN DE LA CRUZ viene ahora a mi memoria. Me lo repito desde hace treinta años, porque ilumina la esencia de mi arte mejor que los más recios volúmenes: "Quien llega a aprender las más sutiles peculiaridades de un oficio o de un arte va siempre en la tiniebla, y no por su saber primitivo, pues si no lo abandonara detrás de sí, no lograría nunca liberarse...". Este apego a lo concreto y, al propio tiempo, a lo que nos trasciende es lo que yo admiro en este pensamiento y en vuestro país. Todo lo cual no está muy lejos ni de PLATÓN ni de Grecia.

El segundo motivo que me ha hecho aceptar con gozo vuestra invitación para que yo participara en esta Fiesta del Libro, es que no me siento del todo ajeno a vuestra profesión. Si mi destino no lo hubiera decidido de otra forma, me hubiera gustado ejercer el arte del tipógrafo. Me apliqué a él cuando lancé mis primeras publicaciones. En aquella época era el único talento que acertaba a descubrir en mí. Pero todo esto es otra historia; no querría demorar más tiempo unas pocas reflexiones sobre los libros que se me han ocurrido cuando me preparaba para reunirme con vosotros. Es éste el único medio de que dispongo para rendir homenaje a vuestra hermosa manifestación.

\* \* \*

Un autor antiguo alaba a PISÍSTRATO porque fue el primero en *mostrar* la *Iliada* y la *Odissea* a los atenienses. Como sabéis, PISÍSTRATO, en el s. VI antes de nuestra era, fue el primero, según la tradición, que puso por escrito las poesías homéricas. Hasta entonces, sólo se *escuchaban*, estas poesías no se veían, pues eran transmitidas por la voz de los rapsodas.

Esta alabanza, que hoy quizá pueda parecerse ingenua, señala sin embargo, un hito en la historia del espíritu europeo: a partir de aquel momento, la poesía empieza a ser *mostrada*, y no únicamente *escuchada*. De aquel instante arranca el inicio del largo linaje del libro, evolución que, pasando por las bibliotecas de Alejandría, adquiere un desarrollo formidable con la invención de la imprenta y desemboca en la expansión que, no sin cierta alarma, contemplamos hoy en la moderna industria del libro. Es así mismo a partir de aquel momento que nace en nosotros una segunda naturaleza: la naturaleza del lector.

Consideremos un momento la diferencia entre poesía *escuchada* y poesía *vista*. Cabe imaginar que la primera se desarrollaba sobre una línea trazada por la voz del recitante; la palabra no tenía tiempo de permanecer ante el entendimiento del oyente; debía ceder el paso a la palabra siguiente; se hallaba por otra parte arrastrado el lector por un ritmo bastante simple para que pudiera captarlo fácilmente. Análogas observaciones pueden formularse para el verso que tiende a constituir una unidad casi independiente. Por otra parte el oyente de esta clase de poesía queda arrobado por un embeleso que tiende a amortiguar las potencias discursivas de su espíritu. Sólo cuando el recitado terminó trata de rememorar; y es por ello que este verso recurre a medios mnemotécnicos. En su origen, las musas eran hijas de la memoria.

Me agrada imaginar el círculo mágico constituido por unos hombres subyugados en común por el encanto de un rapsoda, y adoro la voz humana.

La actitud del lector es muy diferente. En primer lugar, se halla solo ante un libro abierto. Tiene delante de él una página que contempla en silencio; puede volverla hacia atrás o hacia adelante; se le ofrece la posibilidad de reconsiderar lo que ya ha leído o de examinar el final del libro antes que su comienzo. Puede asimismo detenerse en una palabra, remansar su atención en una frase que no ha comprendido bien la primera vez. Si uno ve a un lector rodeado de una biblioteca (y todo lector lo está tanto si es real como ideal) es fácil imaginar que todos estos libros que ha leído prestan su concurso a su lectura; la suma de conocimientos que gradualmente va acumulando brinda un gran espacio de armónicos a su oído espiritual; la línea que traza la voz del recitante en la poesía escuchada (como os decía hace un momento) varía o se quiebra; ya no es la misma. Una actitud enteramente distinta crea la lectura y esta actitud humana, según parece, no se desarrolló sin influir en los ritmos y la expresión poética. No voy a sostener que los cambios en la manifestación de la poesía no

sean debidos también a otros factores del comportamiento humano; desde luego lo son y, ante todo debe señalarse la necesidad inexorable de desarrollo que experimenta cualquier arte si no quiere morir. Lo que intento explicar es que la sustitución del oyente de poemas por el lector contribuyó también a un cambio de nuestra actitud psicológica frente a la poesía.

Bastará ilustrarlo con un breve ejemplo. Cuando originariamente se oía a un rapsoda pronunciar en un verso de HOMERO ἐνὶ οἴνοπι πόντῳ (en el mar vinoso), el espíritu del oyente aceptaba instantánea y muy naturalmente lo oído y quedaba preparado para el verso siguiente. Pero cuando se ha leído por primera vez, pongo por caso, en don Luis de GÓNGORA aquel verso en que el

(viento) le corre en lecho azul de aguas marinas  
turquesadas cortinas

(Soledades I, 424-25)

el lector experimenta sin duda el deseo de detenerse para percibir mejor y proseguir hasta el final las resonancias de este verso espléndido.

Me tienta pues la idea harto extraña de que si el libro impreso no hubiera existido resultaría difícil la supervivencia de GÓNGORA. Y refuerza este pensamiento mío el recordar que el último discípulo de este poeta y el mejor de los que yo conozco, Stéphane MALLARMÉ, se complacía en declarar que "en este mundo todo existe para terminar en un libro"; y el término postrero de este místico del libro es el último poema del maestro de la Rue de Rome, el *Coup de dès*, poema que ya no puede ser escuchado y sí únicamente visto. MALLARMÉ, en efecto, buscó para este poema una expresión puramente visual, mediante el empleo de blancos en la página y por la disposición y el cuerpo de los caracteres tipográficos. Nos hallamos ante uno de los logros extremos de la poesía vista después de medio milenio de tipografía.

Yo iba meditando esta larga historia, que he intentado ahora resumir lo más brevemente posible, al considerar que he sido llamado a ésta mi primera visita a Cataluña por los libros, por estos objetos que saben expresarlo todo recurriendo a un medio increíblemente sencillo: la combinación de veinticuatro letras sobre un cuadrilátero blanco; estos libros que son estuche de todo lo que ha expresado el hombre; estuches que, al ser abiertos, pueden desencadenar fuerzas tan potentes y tan contradictorias como las de la naturaleza.

\* \* \*

En la época en que MALLARMÉ expresaba su mística del libro, otro escritor francés, que entonces daba sus primeros pasos, exclamaba: "Nathanaell quand aurons-nous brûlé tous les livres?" (¡Nathanaell ¿Cuándo habremos quemado todos los libros?). Comenzaba a tenerse la sensación de que se había leído demasiado en una época que, sin embargo, se consideraba feliz. Pero aparte de ello, esta exclamación afirmaba la vida en su frescor, el primado de la sensación. "Todo conocimiento que no ha sido

precedido por una sensación me resulta inútil", prosigue el mismo autor. Es el grito que brota de un alma en plena juventud, que parece querer que el mundo empiece con ella, como aquel emperador de la China que, deseando destruir todo el pasado, ordenó quemar todos los libros que existían antes de él.

Desde la época que he mencionado, la Humanidad ha conocido descalabros y conmociones sin precedentes, que afectan no sólo su alma sino sus mismas concepciones del mundo exterior, hasta el punto de que los años de nuestros padres se nos aparecen como un cuadro bucólico.

Unos días antes de marchar de Atenas para ir a España tuve una discusión con un joven astrónomo; me decía: los poetas, los escritores, los que quieren escudriñar y expresar la condición humana, no saben que estamos avanzando hacia una explosión a grandes zancadas, dentro de cien años, de doscientos años, esto poco importa. Lleno de inquietud, me explicaba que el conocimiento científico desde hace treinta años aumenta a un ritmo inaudito. Señalaba con su índice la gráfica de este crecimiento: una curva suave durante siglos y, después, de repente, un salto vertical seguido de otro. Menciono este testimonio, porque entre tantas voces angustiadas que oímos alrededor nuestro, la voz de este hombre tenía una extraña autenticidad. Lograba comunicar el sentimiento de peligro que este crecimiento súbito de nuestros conocimientos humanos representaba y lograba hacerme ver nuestro mundo bajo el aspecto de una inmensa biblioteca destinada a explotar y a desaparecer, como la erupción de un volcán hace desaparecer la totalidad de una isla. Quizá se tratara de una imagen absurda pero no acababa de serlo del todo.

Si, como lo hemos oído afirmar tantas veces y con tanta frecuencia, el hombre es absurdo, ¿por qué el libro, este producto hecho a imagen del hombre, no lo sería también? ¿Y por qué la suma de bibliotecas que existen en el mundo, esta biblioteca universal, no sería una biblioteca de absurdidades, una biblioteca de Babel, como la que imagina Jorge Luis BORGES cuando escribe "los impíos afirman que lo absurdo es la regla de la biblioteca"? Pero la piedad y la impiedad son cuestiones que atañen a la fe. Y si se cree que la humanidad está enferma y que los conocimientos del hombre son síntoma o causa de esta enfermedad suya (como los libros de caballería lo eran para Don Quijote) no me parece que sea inevitable imaginar, a un hombre pío o a un impío, al cura o al barbero del noble caballero, preparándose en un rincón del mundo para destruir todos los libros de la Humanidad a fin de curarla de su enfermedad.

No era mi intención terminar con estas palabras en un tono pesimista.

Sólo quería decir esto. Los libros pertenecen a nuestra naturaleza; son nosotros mismos mientras somos algo; son una naturaleza humana que nos prolonga hacia nuestras raíces, por la experiencia y la sabiduría de las generaciones pasadas; raíces que prolongamos con nuestras visiones cara al futuro. Si descubrimos arrugas en ellos, no nos precipitemos: quizá sean las nuestras. Si nos exaltan, alegrémonos de que nuestra alma sea el receptáculo de esta exaltación. Yo diría que los libros son como los registros innumerables de un órgano monumental que tocáramos nosotros. Dependen

de nuestro genio, de nuestro valor; dependen también de nuestros defectos. Siendo esto así, si tenemos fe en el hombre, si creemos en la Humanidad, por este mismo acto de fe creeremos también en la importancia del libro. Pues en nuestro mundo a tuestas todo depende de un acto de fe. Es por ello que yo estoy persuadido que con esta hermosa manifestación en favor del libro hacéis también vosotros un acto de fe en la humanidad.